

Peor es nada

En esta ocasión, y como se espera del Milodón chileno ¹, me escondo en una cueva y desaparezco del discurso, ejerzo por boca de los presuntos implicados y le cedo la muleta al alma de este número, al chófer, al anfitrión, al disidente, al arquitecto infiltrado, a un Juan Paulo Alarcón que ha tenido que luchar contra sus propios fantasmas a lo largo de este viaje iniciático. Me descubro ante su capacidad para asumir riesgos.

Juan Paulo escribe:

“El editorial parece estar escrito entre las fotografías, es por esto que este texto se concentrará en desvelar el camino que condujo a ese resultado.

Nos quieren convencer de que en arquitectura, hoy por hoy, aquí en Chile está “el dorado”. Grandes esfuerzos se realizan tanto aquí como desde el extranjero por difundir “la buena salud” de la que goza la disciplina local, por posicionarla en el mapa. La visita de rita_ se vuelve un tanto incómoda en cuanto esta gente viene por “lo opaco” o, al menos, no por lo que resplandece, y es que parece que el fulgor nos está encandilando y se hace necesario bajar un poco la luz.

Viajando al sur desde Santiago, se anuncia “Peor es nada”, una pequeña localidad cercana a la carretera. Fuera de lo anecdótico del nombre, lo potente y pertinente de la frase reside en ese punto de inflexión que propone, ese sitio después del cual no hay nada, en ese punto es donde desaparece el alarde, la falta de control y el “choreo”, donde se determinan los elementos fundamentales de algo, lo atingente, lo esencial, donde peor es nada.

La historia de este número se fraguó en el Renault entre Ana, Arturo y yo. Después de cada visita la pregunta recurrente al llegar al coche fue: “¿y?” En ese momento se desmontaba cada obra en fragmentos. Así se fueron acumulando momentos esenciales, los más radicales de cada una. Con esta colección se ha armado un discurso que se desprende de los brillos y elabora un relato prospectivo.

El itinerario por las obras seleccionadas discurrió, sin quererlo, en el Chile central. Desde una obra en Bahía Azul (Los Vilos), limitando con la aridez del Norte, hasta la casa en Florida (Concepción), donde comienza a acentuarse el verdor del Sur del país, todo el número se desarrolla entre estos dos polos. Una casa de segunda residencia y una vivienda unifamiliar, una en la playa y la otra en el campo, una de condición más estereotómica y otra más tectónica, una mineral y otra vegetal, una que se puede permitir una voltereta y la otra que solo se puede permitir lo justo. El resto, un hogar que aprovecha el espacio y la estructura que queda debajo de un estacionamiento en Valparaíso; en la misma ciudad, un antiguo edificio revitalizado por el acero crudo: una sede social que articula la cancha con el patio de un conjunto de viviendas en Lo Espejo, rodeada de un manto de viviendas con vocación de anonimato; una municipalidad que construye una plaza para la ciudad de Nancagua; un edificio que se hace cargo de unir la plaza con el patio del colegio en Linares. Obras que son acompañadas por el monasterio de Los Benedictinos en Las Condes, la estación de biología marina en Montemar y una dotación agrícola que podría estar en cualquier lugar del valle; como patrones de radicalidad, inteligencia primitiva e ingenuidad -no recuerdo exactamente si eran estas las palabras que usé aquel día que nos vimos con el hermano Martín Correa.”

Sigo. Recuerdo con algo de vértigo una comida de trabajo en el salón Sergio Larraín de la Casona Lo Contador de la Universidad Católica de Chile. Nos recibió un selecto grupo de opinión abierto al diálogo. Imprudente de mí, se me ocurrió insinuar que la arquitectura chilena podría estar transitando hacia un cierto manierismo de sí misma y que, por consiguiente, no era nuestra intención recoger esas evidencias en este número. La comida discurrió entre acaloradas opiniones que, sin duda, sirvieron para encontrar un modo de ver. Como diría John Berguer, al que despedimos este año.

Me quedo con una frase extraída del texto que aparece más adelante de Francisco Díaz, presente en aquella comida y que condensa esta manera de mirar.

“...esta nueva camada de arquitectos critica todos los consensos previos... Tampoco creen en la excepcionalidad de la arquitectura chilena sino que entienden que esto es un juego global donde el chauvinismo no tiene cabida. Por lo mismo, están más preocupados de armar una carrera propia; en el mejor de los casos con una agenda consistente y en el peor repitiendo los tics formales de las generaciones previas. Aún así, entienden que el proyecto colectivo se arma por medio de la suma de búsquedas individuales más que por la adscripción a una formulación previa. Se trata de un paisaje donde la diversidad y heterogeneidad son la clave para mantener los equilibrios de este nuevo mercado.”

Al final del recorrido, camino al aeropuerto, tropezamos, por casualidad, con Philippe Blanc que se subió a este tren en marcha y supo recoger del suelo, y ordenar con sus fotografías analógicas, todos los fragmentos que se nos habían ido cayendo. Siguiendo, de algún modo, las indicaciones de Aristóteles.

“Es razonable que cada cuerpo se desplace hacia su lugar... porque los cuerpos que llegan a estar sin violencia en sucesión y contacto son congéneres, y no se afectan entre sí cuando por naturaleza están juntos...”

Y no sin razón toda cosa permanece por naturaleza en su lugar propio, ya que cada parte está en el lugar total como una parte divisible en relación al todo, como es el caso.”²

¹ Mamíferos herbívoros de grandes dimensiones que se extinguieron, probablemente, a fines del Pleistoceno.

² ARISTÓTELES; *Física*. Traducción y notas de Guillermo R. De Echandía. Madrid: Planeta de Agostini, Editorial Gredos, 1995, pp. 110–165.

Juan Paulo Alarcón

Arturo Franco

